

LOS FANTASMAS DE LA CALLE OBES

de

Sandra Massera

Despertar es conocer lo que no es la
realidad...

Taisen Deshimaru

PERSONAJES

Víctor, el viejo

Santiago, abuelo de Víctor

Antonia y Renán, padres de Víctor

Anita y Emero, hermanos de Víctor

Petronila, mucama

Elvira, hija de Renán y Petronila, medio hermana de Víctor
(debe ser representada por la misma actriz que Petronila)

Nereida, prima de Víctor

Olga, madre de Nereida y tía de Víctor

María Dolores, esposa de Víctor

Una bebé, hija de Víctor

Andrés, hijo de Víctor y María Dolores (debe ser
representado por el mismo actor que Santiago)

Germán, nieto de Víctor (debe ser representado por el mismo
actor que Renán)

Sonia, esposa de Germán (debe ser representada por la misma
actriz que Antonia)

Sarita, Elina y Raúl, hijos de Germán y Sonia, bisnietos de
Víctor (deben ser representados por los mismos actores que
Anita, Elvira y Emero, respectivamente)

Mercedes, amiga de Sarita (debe ser representada por la
misma actriz que María Dolores)

ESCENA 1

El público atraviesa un jardín rumbo a
la puerta de entrada de una antigua
casa. Entran a un gran hall. Una tenue
luz ilumina la silueta de una mujer de

vestido oscuro y delantal blanco. Al ver al público se detiene complacida. Vemos que su rostro es muy pálido y que tiene la ropa y el pelo con manchas de ceniza. Su voz tiene un timbre extraño.

PETRONILA

¡Ah!...Buenas noches, ¡qué bueno que llegaron!

Se escuchan los acordes de un **piano**. Un pianista toca el piano en el fondo penumbroso de una habitación que da hacia el hall de la casa. De pronto la música se detiene y el ejecutante queda extático, con sus manos flotando sobre el teclado.

PETRONILA

Pasen, tomen asiento, por favor... pasen por aquí...

Señala con diligencia un conjunto de sillas en el salón del piano.

(Señalando al pianista)

¡El Señor Anselmo! Nos tiene preocupados. Desde el otoño que está sentado al piano. ¡Pero qué excelente que ya estén ustedes aquí! ¡El niño Víctor se va a poner tan contento! No va a tardar.

Víctor, un hombre de unos ochenta años, vestido con pantalones oscuros, camisa blanca y chaleco, se acerca murmurando protestas hacia el salón del piano. Lleva un montón de chalecos colgados de una percha.

PETRONILA

Les dije...

Víctor se detiene en el umbral.

PETRONILA

Niño Víctor, les estaba diciendo justamente que usted no iba a tardar...

VICTOR

¿Quién dejó abierto, que hay corriente?

Víctor vuelve a salir hacia la puerta de entrada de la casa. Petronila lo mira desconcertada.

PETRONILA

Con permiso.

Petronila sale. Víctor cierra la puerta y vuelve. Mira al público.

VICTOR

(buscando con la mirada)

Amalia, querida; Rodolfo, viniste esta noche... Ofelia...

(cada vez más melancólico,
levemente ruborizado, baja la
mirada)

hacía tanto que no venías... Enrique... cuando te vea mamá se va a alegrar. Trajiste a alguien que nunca había visto. Bienvenida, señorita.

Hoy llegaron puntuales. Esta es mi hora preferida. Siempre me gustó la noche en esta casa. Yo era el único que nunca tenía miedo...

(Se oye una voz de mujer que proviene del piso de arriba)

VOZ

¡Víctor! ¿Está abajo?

VICTOR

¡Sí!

VOZ

¿Ya se preparó el té?

VICTOR

¡Sí!... No.

VOZ

Venga. ¿Por qué no viene y lo prepara?

VICTOR

Voy. Ya subo enseguida.

VOZ

No demore.

VICTOR

¡Voy! ¡Estoy yendo!

(al público)

Tenemos menos tiempo del que pensaba. Pero si dejara de evocar lo que pasó, todo terminaría por disolverse. Es la forma de que ellos vuelvan cada noche. Me crié en esta casa, entre estas paredes, cuando todo esto era campo y no había veredas, ni calle ni autos. Eramos cinco...

(el **pianista** ejecuta seis notas)

en realidad seis, pero lo de papá era especial, así que no se cuenta. Y el tío Anselmo todavía no vivía con nosotros. Yo estaba siempre con el chaleco puesto, no me lo sacaba ni para dormir. Me parecía que me protegía... pero no de la noche, del día. Odiaba el día: la luz, las visitas, las reglas de cortesía. Con el chaleco siempre daba buena impresión. Saludaba correctamente y en seguida me dejaban en paz. Cuando mi hermano se fue a la guerra, yo era el único varón, además de mi padre, claro, pero mi padre no cuenta. Mamá, Anita y Elvira. Ya las van a conocer, si esta noche tenemos suerte. A mamá la van a ver seguro, nunca falta. Al abuelo Santiago también quizás lo vean. Venía a cenar todos los jueves y domingos. ¿Hoy qué es? No sé si vendrá, aunque a veces igual venía cualquier día a la hora de la puesta del sol. Tomaba un jerez y se iba. Quería inspeccionar cómo iba todo y si mamá podía sola con nosotros, ya que con papá no podíamos contar.

Una figura infantil en camisón irrumpe silenciosamente y atraviesa de lado a lado la escena mirando a Víctor. Quien observara con detenimiento se daría cuenta de las manchas de sangre seca

que tiene en los brazos, como si fueran heridas que no se han lavado. Víctor se da cuenta de su presencia pero decide hacer de cuenta que no está. La figura desaparece.

VICTOR

La edad correcta para presentarse siempre fue un problema. Claro, ustedes pueden jugar con esas cosas. Yo no. Yo estoy atado a mi edad. Pero la liberación llegará pronto.

(señalando el sitio por donde
salió la figura de camión)

Entonces voy a vengarme y les voy a hacer lo mismo a ellos, voy a elegir los veinte o los cuarenta o... no sé... Debo pensarlo. Me parece que hoy Anita eligió ser menor de lo que era cuando...

Se interrumpe de golpe porque ve algo más allá del salón. Una mujer joven de vestido oscuro, con un bebé en brazos, está quieta mirándolo fijamente. Una fuerte luz cenital se enciende sobre su cabeza. En el lado derecho de su rostro puede verse una mancha oscura de forma circular, a la altura del ojo.

¿Otra vez vos? ¿Qué tengo que hacer para que no vengas cuando no quiero verte?

MARIA DOLORES

(señalando al niño)

Creció dos centímetros. La acabo de medir. ¡Está creciendo!

VICTOR

No puede ser. Se va a quedar así.

MARIA DOLORES

No voy a irme hasta que la veas de cerca... (intenta avanzar)

VICTOR

¡Quedate donde estás! No quiero verla y no es cierto. No puede crecer. Eso quisieras vos pero no puede crecer. ¿Tenías que venir a inventar eso para estar acá?

MARIA DOLORES

Yo la veo crecer y cambiar. Un día vas a querer comprobarlo y será tarde. Un día no voy a volver.

VICTOR

Ella no va a crecer. Nunca va a tener conciencia para mirarme. Me alcanza contigo.

MARIA DOLORES

Ya veo. No vine para estar contigo, ya quisieras. Quiero saber como está mi hijo. Sé que acaba de llegar. Oí su voz...

VICTOR

Debe haber llegado recién. No lo ví.

MARIA DOLORES

¿Y mi nieto? Hace mucho que no logro verlo. Apenas cuando entra y sale rápidamente por la puerta principal.

VICTOR

Ese está bien, cuando la mujer lo deja tranquilo.

MARIA DOLORES

¿Todavía no logró echarte? Quiere decir que no está muy bien.

VICTOR

Gracias. Muy gentil. Andate.

La mujer desaparece.

VICTOR

(al público)

Les estaba contando de las visitas del abuelo. A mí había veces que me molestaba demasiado, porque me interrumpía en mis pensamientos. Eran esas noches sin luna.

(comienza a sonar el **piano**)

Me desesperaba por estar solo y porque el abuelo se fuera cuanto antes. Entonces, en esos momentos empezaba a escuchar un sonido que parecía provenir de mi propia respiración. No lo era pero parecía acompañarse con ella...

Se interrumpe al sentir un ruido en los postigos de una ventana. El pianista se detiene y mira también hacia las ventanas. Una mujer aparece de pie en el marco y lo observa. Sobre su pelo pueden verse largas hebras de plantas húmedas que se deslizan por el pecho y los brazos.

VICTOR

¿Quién es?

La mujer no contesta. Cuando la luz la ilumina mejor, Víctor tiene un sobresalto.

VICTOR

¿Quién es usted? Ese vestido...

NEREIDA

Soy yo. ¿No ves?

VICTOR

No. No veo. ¿Qué tengo que ver?

NEREIDA

Nereida.

VICTOR

¿Qué?

NEREIDA

Nereida. Soy Nereida.

VICTOR

¿Qué Nereida?

NEREIDA

Me siendo sola. Me gustan las noches, igual que a vos.

VICTOR

Nereida ¿mi Nereida? ¡Por favor! Es imposible. Vos no sos vos, quiero decir, nunca fuiste así. ¿Por qué me hacés esto?

NEREIDA

Sentí que vino Dolores.

VICTOR

¿Escuchaste lo que hablé con Dolores?

NEREIDA

La niña está creciendo.

VICTOR

Imposible, pero no voy a discutir ahora eso con usted señora, sea quien sea...(desconcertado) Nereida, ¿sos vos?

(Suena el **piano**. Ambos intentan tocarse y no pueden. Se detiene el piano)

NEREIDA

No te queda mucho tiempo. Siempre estuve aquí, y decidí cambiar a la par tuya.

VICTOR

Sigo sin entender. Casi nunca venís y cuando venís no sos así, sos...

NEREIDA

¿Más linda? ¿más suave y perfecta? ¿cómo soy en realidad?

VICTOR

A lo mejor estoy alucinando... más de la cuenta (ríe con crueldad) No quisiera ofenderla, pero usted no parece tener quince años.

NEREIDA

Decidí seguir cambiando, como si el tiempo también pasara para mí.

VICTOR

¿Puede ocurrir eso? ¿Uno puede ir y venir a capricho?

NEREIDA

No sé. Yo lo decidí así. Hace tiempo que te acompaño y que voy cambiando de edad para ser como tú. ¿Te acordás de aquella fiebre que tuviste hace diez años? Delirabas. La que estaba al lado de tu cama era yo. ¿Y aquella Navidad del cincuenta y tres que saliste al parque y te caíste borracho contra el ciprés y te cortaste la cara? Me viste sentada al lado tuyo. En esa ocasión me puse el vestido azul.

VICTOR

Siempre creí que había sido Dolores. ¿Por qué hiciste esto?

NEREIDA

Quise dejar de ser una niña. Que me vieras como a una mujer. A los quince una no es una mujer, es una niña un poco mujer pero no es una mujer. Pero la verdad es que ahora no me hace mucha gracia. Confiaba en que murieras antes.

VICTOR

¡Qué amable!

NEREIDA

Cuando uno lo decide tiene que seguir y yo sólo quería que me vieras como una hermosa mujer. No como soy ahora.

VICTOR

Sos una hermosa mujer... (se interrumpe, impaciente) Me estoy enterneciendo como un imbécil. ¿Sólo venías cuando estaba enfermo o borracho? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

NEREIDA

No me animé. Pero ahora que...

VICTOR

Si ya sé: ahora que me falta poco para morirme.

NEREIDA

Tenía que contártelo. Pero no sé qué va a pasar cuando tú también mueras. Algunas veces puedo retroceder, pero cada vez menos.

VICTOR

Yo no me pienso quedar petrificado con aspecto de viejo eterno después de mi muerte. Iré para atrás todo lo que pueda. La muerte es el supremo juego, uno después hace lo que quiere ¿no? Y tú, ¿Qué vas a hacer después? Quiero decir, cuando yo también me muera.

NEREIDA

No sé. Seguiremos estando juntos supongo, cada uno como quiera.

VICTOR

¿Es muy horrible?

NEREIDA

¿Qué?

VICTOR

Morirse. Decime la verdad.

NEREIDA

No. Casi no me dí cuenta. Supongo que todo depende de cómo te moriste.

VICTOR

¿Cómo fue, Nereida? ¿Cómo fue exactamente?

NEREIDA

No me acuerdo bien. Hace tanto tiempo...

VICTOR

No es cierto. Te tendrías que acordar. Todos se acuerdan.

NEREIDA

¿Cómo sabés que todos se acuerdan?

VICTOR

¡Qué orgullosa! ¿Pensás que sos la única que viene y me habla? Vos misma escuchaste a Dolores.

NEREIDA

¿Cómo sabés que todos te dicen la verdad?

Comienza a oírse una **música** lejana, casi amenazante. Voces distorsionadas se mezclan con los sonidos de la música.

VICTOR

No importa como sé. Ya están aquí. ¿Querés acompañarme?

NEREIDA

No quiero ver a nadie más.

VICTOR

Ellos nunca se quedan mucho. Luego tendremos toda la noche. Tomá mi brazo. Quiero saber qué se siente.

Dobla su brazo para que Nereida lo tome. Ella se acerca e introduce su mano por el hueco de aire dejado por el brazo de Víctor. Luego se apoya suavemente.

Es muy liviano... pero algo siento. Como una hoja de árbol que cayera sobre mí. Así sentí la mano de Dolores aquél día. Pero no era Dolores...

Suena el **piano**. Juntos comienzan a salir hacia un salón lateral. Cuando están por desaparecer, Víctor mira al público.

VICTOR

(Al público)

Por favor, vengan con nosotros.

ESCENA 2

Entran a un gran salón tenuemente iluminado en el que se ve una mesa servida para una cena de 1940. Cuatro personajes vestidos a la moda de esa

época están sentados en torno a la mesa y parecen conversar y comer con gran educación. Pero no hay comida en los platos ni bebida en las copas ni se oye palabra alguna. **Música.**

VICTOR

Esta es una noche insólita sin duda...

NEREIDA

¿Qué esperabas?

VICTOR

El abuelo casi nunca se queda...

De pronto los personajes a la mesa quedan inmóviles, con las copas y los tenedores a medio levantar, cesa la música y la mujer sentada a la cabecera de la mesa se despetrifica y habla. Se detiene la música.

ANTONIA

¡Qué placer tener a todos mis hijos juntos! ¿Por qué tardaste tanto?

VICTOR

(señalando una silla vacía)

No estamos todos.

ANTONIA

¿No? (ignorando lo que acaba de decir Víctor y señalando a Nereida) ¿Y ella quién es?

VICTOR

Nereida. Yo la invité.

ANTONIA

¿Qué le pasó?

VICTOR

Algo que vos nunca comprenderías, mamá.

ANTONIA

Claro que no. Yo valoro la belleza.

VICTOR

Podrías haber hecho que Anita se vistiera. ¿Cuándo permitiste que se sentara a la mesa en camisón?

La madre da vuelta la cabeza con cierto esfuerzo hacia la niña.

ANTONIA

Me distraje. Realmente es muy desagradable. Anita: andá ahora mismo a vestirte.

ANITA

Es lo único que encontré.

ANTONIA

¡Porque no tuviste el cuidado necesario! Te pones un vestido o te vas.

Anita se vuelve a petrificar donde está.

¿En qué estábamos? Ah sí... en cómo se transformó tu novia...

VICTOR

Nereida no es mi novia.

La otra jovencita sentada del otro lado de la madre se despetrifica. Lleva un vestido adornado con cintas y muchos collares pesados alrededor del cuello.

ELVIRA

Por favor mamá... ¿me das agua?

ANTONIA

Sí mi cielo... (le alcanza una jarra vacía, que la niña se sirve en una copa y parece tomar)

(dirigiéndose a Nereida)

Pero acercate querida, dejame verte. ¿Por qué estás así?
¿Alguna promesa de amor? Hablando de eso, ¿viste a tu padre
últimamente?

VICTOR

No. ¿Por qué habría de verlo?

ANTONIA

No sé. A lo mejor vos tenés más suerte. Hoy vinimos a
pedirte algo especial.

El hombre mayor que hasta entonces
estaba quieto se despetrifica

SANTIAGO

No le diga todavía.

ANTONIA

¿Cuánto más vamos a esperar?

SANTIAGO

Ahora no es el momento.

ANTONIA

No quiero que lo descubra su nieto, o la mujer. ¡Qué banal y
estúpida! ¡Lo mismo tu hijo!

VICTOR

En eso estamos de acuerdo.

ANTONIA

Podrías haber engendrado algo mejor. No me gusta ninguno de
mis descendientes... salvo tú. Pero a tí ya casi no te
cuento.

VICTOR

Gracias. Parece que hoy están todos empeñados en tratarme
como a un muerto inminente.

ELVIRA

Yo siempre quise tener hijos, mamá. Ahora no podré tenerlos.

ANITA

(despetrificándose nuevamente)

¿Qué hay que hacer para tener un niño, mamá? Nunca me lo dijiste...

SANTIAGO

¡Haga callar a esas niñas, Antonia! ¿Cómo es posible que esos temas se permitan en la mesa?

ANTONIA

No se preocupe, Santiago. Por más que les explique, ya no quedarán embarazadas. Y esa mujer de tu nieto ya está más seca que una rata embalsamada. ¿Qué edad tiene?

VICTOR

Treinta y nueve... o cuarenta.

ANTONIA

Geronte. Se le pasó la edad.

VICTOR

Son otras épocas, mamá.

ANTONIA

No importa. Nunca tendrá hijos inteligentes y hermosos como nosotros. Lo veo en su cara cada madrugada, en cómo se agitan sus párpados cuando sueña, en el sudor de su cuello cuando hace el amor sin amor con su marido...

SANTIAGO

¿Quiere callarse? ¿Cómo se le ocurre decir esas cosas delante mío y de las niñas?

ANTONIA

Mi suegro nunca descuida las formas. Me entenece. Víctor: en esta casa hay un lugar que guarda cosas que tu padre y yo queremos que encuentres...

SANTIAGO

¡Antonia! Piénselo bien. ¿Y el buen nombre de la familia?

ANTONIA

¿Qué buen nombre? Ya está decidido.

VICTOR

¿De qué estás hablando?

ANTONIA

Es tiempo de que te diga algunas cosas...

Comienzan a oírse unas exclamaciones y suspiros de mujer que vienen de un salón contiguo. Suena una **música**.

MARÍA DOLORES

¡Mi vida, mi tesoro! ¡Ya no le entran los zapatitos! ¡Víctor: ahora sí tenés que verla, crece a cada minuto que pasa!

ANTONIA

¡Hacé callar a esa loca! Está peor de lo que pensaba.

MARIA DOLORES

(apareciendo por el umbral de una puerta al fondo del salón)

¿No vas a mirarla...? (se interrumpe al ver a los demás. Se detiene la música) Ah... es noche de fiesta.

VICTOR

Luego la miro. Ahora dejame que tengo que hablar con mamá.

MARIA DOLORES

¡Ah, claro! Ya entiendo. Consejo de familia. Entonces yo también podría estar sentada a la mesa.

ANTONIA

Sí, querida, claro. Pero no queremos.

MARIA DOLORES

No pienso irme.

ANTONIA

Entonces nos vamos nosotros.

La calidad de la luz cambia ligeramente y todos los personajes en torno a la mesa se inmovilizan.

VICTOR

Mamá... mamá... ¡mamá! ¡Ibamos a hablar!

NEREIDA

No insistas, se fueron.

MARIA DOLORES

¿Y ésta quién es?

VICTOR

Nereida.

MARIA DOLORES

¿Qué Nereida?

VICTOR

Mi prima.

MARIA DOLORES

¿Esta vieja?

VICTOR

No tengo ganas de explicártelo. Es ella y punto. Y no seas atrevida.

NEREIDA

Mejor vuelvo otra noche...

VICTOR

¡No! Por favor...

MARIA DOLORES

Ah... ¡los enamorados! Yo me desespero por mostrarte a la niña crecer y tú lo que quieres es hablar con ella. ¿Recuerdo mal o tenía quince años? ¿qué se puede hablar con alguien de quince años?

Comienzan a oírse unos lamentos de mujer desde el salón contiguo.

Toda mi vida escuchando hablar de todos ellos, pero sobre todo de ella, ¡tan joven! ¡tan inocente! ¡tan dulce! ¡y con sólo quince años! Y qué injusticia, y qué dolor y qué y qué. ¿Y yo? ¿Qué hago yo condenada a deambular por las

habitaciones, los patios, los corredores, sin poder siquiera abrir las puertas o subir al piso de arriba? Con este niño eterno que nunca aprenderá a hablar, que tengo que cargar siempre en brazos porque tengo miedo de depositarlo en algún lado y que se desvanezca y no verlo más. Que cada vez siento más liviano y frío, que ya no huele a bebé sino a tinta seca, que ya no tiene ni siquiera los ojos abiertos.

La mujer del salón contiguo calla.

VICTOR

Si estás aquí es porque tú misma quisiste. Y si la niña no habla entonces tampoco crece... ¿por qué engañarse?

NEREIDA

Adiós.

Nereida comienza a retroceder. Vemos su figura reflejarse un instante en el espejo.

VICTOR

¿A dónde vas? ¿Vas a volver?

NEREIDA

No me olvides esta noche... (sigue alejándose y desaparece a través del umbral oscuro de una puerta abierta. **Piano.**)

MARIA DOLORES

(mientras habla sostiene y suelta alternativamente al bebé que tiene en brazos, que nunca cae y parece pegado a su cuerpo)

Yo no quise quedarme. Cuando aquel mediodía abrí los ojos no me dí cuenta lo que me había pasado. Seguía echada en el piso del patio pero ya no sentía el frío de las baldosas ni el olor de la sangre. Intenté levantarme con esfuerzo pero no me costó nada, era liviana, el aire no existía más para mí. Me desplazaba sin peso ni respiración al ras de las baldosas y sin darme cuenta estaba en la sala, la alcoba, las cocinas. Solo mucho después comencé a sentir una rara presión en el vientre y me dí cuenta con pánico que la tenía

a ella colgada de mis brazos. La había olvidado...¿cómo pude olvidarla? ¿cuánto tiempo había pasado? Una vez te ví de lejos, sentado frente a la ventana... y ya no eras el mismo. Tenías canas, tenías la espalda diferente y los ojos apagados atrás de unos lentes. Quise gritar y no pude, no me salía ningún sonido, pero al pasar por el espejo ví que mi boca estaba abierta y mi cara deformada por el grito.

En ese momento los cuatro personajes a la mesa se mueven y murmuran en un lenguaje incomprensible. Luego vuelven a quedar quietos.

¿Cómo hacer para que me vieras, para que me oyeras?

VICTOR (intentando abrir una puerta)
Basta. No quiero oír más...

DOLORES

Intenté calmarme y salir de aquí, pero lo único que conseguí fue llegar a la verja del fondo del jardín. No sé cuánto tiempo pasó. Sos el único que cambia entre nosotros.

VICTOR

Te olvidás de los demás.

MARIA DOLORES

Tu madre no me deja acercarme a ellos ni subir. Me aterroriza. Me odia. Sólo los veo de lejos cuando entran o salen por la puerta principal. Me doy cuenta que envejecen. Nuestro hijo es un viejo y nuestro propio nieto ahora parece de mi edad. ¿Les hablaste de la niña?

VICTOR

No.

MARIA DOLORES

¿Ves? Por eso no me quiero ir, aunque pudiera. Lo hago por ella, para obligarte a mirarla y a saber que existe. Para lograr que un día les cuentes... Podría permanecer sin que me vieras, metida en las grietas del muro

de la alacena, o balanceándome entre las vigas del techo. He pasado mucho tiempo así, en el letargo de mi cuerpo sin cuerpo. Pero ahora que aprendí a hacerme oír no voy a dejarte en paz.

(cambiando bruscamente su
actitud y mirando al bebé)

Voy a buscarle otras medias. Tiene frío.

María Dolores se petrifica y vuelven a escucharse gemidos en el salón de al lado. Víctor va a ver y deja un instante solo al público. Los gemidos se interrumpen y Víctor regresa.

VICTOR

(dirigiéndose al público)

Ya se calmó, vengan, ahora podemos pasar.

ESCENA 3

Víctor conduce al público a través de unas puertas vidriadas a un salón contiguo donde puede verse a una mujer quieta y en silencio. Víctor se sube a una enorme mesa. **Música** extraña.

VICTOR

Aquí es donde Nereida y yo siempre nos encontrábamos. Los adultos casi nunca venían. Nos metíamos abajo de la mesa y ella se levantaba las enaguas...

Vuelve a escucharse la misma voz de mujer. Se detiene la música.

OLGA

Yo no quería que viniera más a esta casa. Esta casa está maldita.

VICTOR

Tía Olga, por favor. Hasta cuándo...

OLGA

(Sin hacer caso)

Cuando llegamos ya estaba muerta, el cuerpo de color violeta, empapada. Todavía le colgaban del pelo esas plantas podridas. De una oreja le asomaba una flor amarilla, me acuerdo muy bien. Todavía la veo. Estuve horas para desenredarle el pelo. Después le apliqué polvos de jazmín para sacarle el color violáceo de la piel.

Música

Estaba tan hermosa en el ataúd blanco, con la almohada de raso. Yo misma bordé la almohada. Tuve que hacerlo rápido, durante la noche.

De pronto la mujer se detiene completamente y fija la mirada en un punto a lo lejos. Para la música.

VICTOR (al público)

Vámonos...

OLGA

En la chimenea el pergamino se desprendió de la mano.

VICTOR

(al público)

Vengan, mejor seguimos... Vengan por favor. Los convidaré con un té de menta ¿les gusta? Haré té para todos.

ESCENA 4

Víctor conduce al público fuera del salón hacia el hall principal. Comienzan a avanzar hacia la escalera cuando en un salón aparece la silueta a contraluz de un hombre joven, vestido anticuadamente. Su cuerpo parece torcerse con incomodidad.

VICTOR

Hola. Te ves muy bien.

(Dirigiéndose al público)

Mi hermano. ¿Lo ven?

EMERO

No necesitás aclarar. Somos iguales.

VICTOR

Ya no.

EMERO

Bueno. Cuestión de tiempo. Escuché a mamá. Hoy no quise sentarme con ellos. Es un mal día para mi columna. No resistiría estar sentado.

Se oye una risita. Anita, que sigue en camión, está de pie sobre la repisa de la chimenea del hall y mira la escena con ojos burlones. (A Anita)

¿Y vos qué hacés ahí? Dejá hablar.

Emero y Anita comienzan a pelearse y lanzarse maldiciones. Suena el **piano**. Víctor hace sentar al público en la platea del hall principal.

VICTOR

(Al público)

Por favor tomen asiento. No hagan caso. Son mis hermanos mayores. Me divierte verlos pelearse. (a Emero, mientras se detiene el piano) ¿Todavía te duele la columna?

EMERO

Por siempre, hermanito. Creo que no tendrían que haberlo intentado. Pero no me quejo: soy el único que murió de muerte natural en la familia. O casi. Y me ayuda a acordarme de mi gloria inútil.

VICTOR

La guerra nunca trajo gloria a nadie.

EMERO

Eso lo sé ahora. Pero en aquel momento tuve mis arranques de rebeldía, las ganas de cambiar el mundo. ¡De falangista a brigadista! Pensar que al principio lo hice por rabia... pero después me ganó la ideología. De eso mamá nunca supo.

VICTOR

Ni falta que hace. No iba a entenderlo.

EMERO

Te voy a decir algo que nunca te dije: cuando me pusieron en el barco ya no sentía mi cuerpo de la cintura para abajo. Yo no quería regresar. Si me hubieran dejado quieto hubiera muerto mirando el cielo rojo de aquella tarde, tan rojo... que por un momento pensé que estaba muerto, amortajada la cara con mi propio pañuelo. Y pensando en... vos sabés quién.

VICTOR

No podés quejarte entonces. Ahora podés verla cuanto quieras.

EMERO

Si, convertida en una vieja. Está chiflada. No me interesa.

VICTOR

Lo hace por mí.

EMERO

Arrogante.

VICTOR

Es cierto. Me lo acaba de contar esta noche.

EMERO

Ya lo sé hace tiempo. El único que no se dio cuenta de nada fuiste vos. ¡Mirá que confundir a Dolores con Nereida! Preferiría no verla más.

VICTOR

¿Y a mí tampoco?

EMERO

A vos sí, al único. Celebro todo lo que pasó. Fascistas repugnantes. Ojalá hubiera estado en aquella época en casa para ser testigo de todo. Buena diversión hubiera tenido. Lo único que no me hace gracia es lo de las chiquilinas... y Nereida. A ella la hubiera mantenido viva, por supuesto.

VICTOR

No quiero hablar de eso contigo.

EMERO

¿Y para qué nos esperarás cada noche ansiosamente si después no querés revivir esta excitante historia?

VICTOR

Porque es más interesante la compañía de los muertos que de los vivos que hay acá adentro.

EMERO

De eso no hay duda. Yo podría contarte algunas cosas...

Comienza a oírse un ruido sobrenatural de pasos que vienen desde un pasillo del fondo del hall. Se ilumina una delgada silueta que se acerca. El **pianista** empieza a tocar enloquecidamente el largo piano.

Es él. Mejor me voy.

VICTOR

¡No! ¡Émero! Esperá. No me dejes solo con él.

Se escucha un grito ahogado que viene de la chimenea. Anita da un salto y desaparece. Emero retrocede y se pierde en la penumbra. La silueta sigue acercándose y se puede vislumbrar a un hombre de mediana edad, elegante, con ropa oscura.

RENAN

Buenas noches.

VICTOR

Buenas noches.

RENAN

¿Cómo estás? No te ves muy bien.

VICTOR

Estoy bien. Pero parece que hoy todos piensan que no.

RENAN

Nosotros nos damos cuenta de cosas que vos no podés ver.

(Mirando a su alrededor y
señalando unos antiguos
sillones de madera al pie de
la escalera)

¿Y estos sillones? ¿No estaban en mi dormitorio?

VICTOR

Sonia los bajó. Yo no estuve de acuerdo...

RENAN

¿Sonia? Ah...

El hombre suspira con desprecio y se
sienta parsimoniosamente en uno de los
sillones.

VICTOR

¿Y tú como estás? Hacía tiempo...

RENAN

Me pareció que tenía que venir. Tengo que encargarte algo. Y
tengo que hacerlo pronto. Además me sentía un poco solo.
Nadie quiere permanecer donde yo estoy. Estuve mucho tiempo
acostado sobre el muro de la fuente, mirando a los perros.
Pobrecitos. Miraban hacia donde yo estaba y era evidente que
no veían nada. Pero ladraban enloquecidos. Estaban
desconcertados.

VICTOR

Yo también me siento un poco extraño esta noche. Pienso que
tendríamos que hablar.

RENAN

Hablar... ¿de qué?

VICTOR

A veces me vienen ganas de hablar. Por momentos me
arrepiento.

RENAN

Mentira. Bien que te gustó estar conmigo en eso. Sabés que sos como yo.

VICTOR

Papá, por favor. ¿No podremos nunca hablar en serio de lo que pasó?

RENAN

Ah... sí! En serio. No. No me interesa hablar en serio. ¿Qué es hablar en serio? ¿Estar arrepentido? No estoy arrepentido. Fue fascinante.

ANTONIA

(apareciendo en el descanso de la escalera, luminada por una luz violeta)

Estoy de acuerdo, mi amor.

Suena una **música** y el **piano** se une. Figuras espectrales asoman de cada una de las puertas entreabiertas, deambulan absortas cruzando el hall en todas direcciones, danzan su desconcierto y desaparecen.

RENAN

(poniéndose de pie)

¡Qué placer que vengas!

ANTONIA

El placer es mío.

RENAN

¿Cómo estás, mi diosa? Te veo maravillosa.

ANTONIA

Me siento maravillosa. Aunque a veces me tiembla un poco la mano.

(Antonia y Renán ríen cómplices)

VICTOR

Papá, no te distraigas. Hay cosas que nunca me dijiste...

RENAN

(mirando a Antonia con
regocijo)

Insiste en saber...

ANTONIA

¡Qué ángel! Contémosle todo de una vez.

RENAN

¿Estás segura? ¿No será demasiado para él?

ANTONIA

Ya es mayor. Podrá asimilarlo.

VICTOR

No se burlen de mí.

Petronila, que viene desde una puerta lateral, atraviesa la escena. Lleva en sus manos una bandejita de plata.

RENAN

¡Pero miren quién está aquí! Petronila... ¿Cómo estás?

La mujer sigue su camino sin mirar a nadie y se pierde por otra puerta.

¡Pero qué mala educación! ¡Petronila, venga aquí de inmediato!

ANTONIA

Dejala. ¿Para qué la queremos?

RENAN

(señalando a Víctor)

¿No querías decirle todo? La necesitamos.

VICTOR

¿Qué pasa con Petronila?

ANTONIA

¿Nunca te preguntaste por qué Elvira no es como yo?

RENAN

Petronila sabe sacar bien la sangre.

Petronila vuelve a entrar.

PETRONILA

¿Hay que sacar sangre?

RENAN

No, querida. Ya no hay más sangre.

PETRONILA

Voy a buscar las ventosas.

RENAN

Esperá, no te vayas.

PETRONILA

Señor... ¿qué desea el señor?

RENAN

Que le cuentes a Víctor por qué Elvirita se parece a tí.

PETRONILA

(sorprendida)

Yo... perdón, señor, no entiendo. Yo sólo había entrado al dormitorio del señor a extraer la segunda sangre...

VICTOR

¿Qué segunda sangre? ¿de qué está hablando?

RENAN

Todavía no se da cuenta que está muerta.

ANTONIA

Contale a Víctor la historia de Elvira.

PETRONILA

¿Está muerta?

ANTONIA

No. Está bien, igual que tú. Hablá.

PETRONILA

Yo... El señor ese día no se sentía bien. Al atardecer empezó a quejarse de que le hervía la sangre.

RENAN

Ah... el atardecer. Es la hora más preciosa. La sangre está templada porque ha acumulado el calor de todo el día. Era verano, ¿te acordás?

PETRONILA

Sí... pero el dormitorio estaba fresco. Olía a alcanfor. (comienza a sonar el **piano**) Corrí las cortinas para que el sol no molestara al señor, que tenía fiebre. Me había pedido que le hiciera una sangría y yo se la hice y se alivió. Lo dejé reposar y luego volví por la segunda sangre.

VICTOR

¿La segunda sangre?

PETRONILA

Si, la última sangría del día. Primero se saca un poco de sangre para aliviar el mal, después se deja reposar y luego de unas horas, a la caída del sol, se saca la segunda sangre. Esta es la sangre más pura, de color púrpura, densa y brillante...

RENAN

(A Víctor)

Ya ves... ¿qué te parece nuestra sabia curadora? ¿nuestra maga de la sangre? Seguí contando.

ANTONIA

Y contale también dónde estaba la señora ese día.

RENAN

No seas cruel.

PETRONILA

La señora había ido con la niña Anita a ver a su prima Olga, la madre de la señorita Nereida. El señor empezó a quejarse desde la mañana. Estuve casi todo el día en su cuarto. Cuando le fuí a sacar la segunda sangre él apartó las

sábanas y ví que estaba desnudo. Faltaban más de dos horas para que volviera la señora.

Me pidió que le diera aire y yo comencé a abanicar todo el cuerpo del señor. Me dijo que si yo también tenía calor podía desprenderme un poco el vestido. El corsé me apretaba pero apenas me desprendí dos botones porque ya me empezaba a dar cuenta de las intenciones del señor. El calor era terrible. Pronto sentí que me levantaban la falda y las enaguas. Yo no me había puesto calzones porque en verano no uso. Sentí un gran alivio cuando el señor me quitó el abanico y comenzó a abanicarme. Era maravilloso. El calor de afuera de mi cuerpo se había aliviado, pero empecé a sentir un calor que venía del centro de mi vientre. Una hora para que volviera la señora. De pronto estuve sentada sobre el señor. Tuve mucho cuidado de no arrugar la cama de la señora, traté de no agarrarme de las sábanas y me sostuve de los hierros de la cabecera mientras acompañaba los movimientos del cuerpo del señor.

ANTONIA

¡Fascinante! No sabía los detalles del abanico. ¿Usó mi abanico?

PETRONILA

No, señora. Yo tenía el mío.

ANTONIA

Hubiera usado el mío. Tiene encaje en los bordes.

RENAN

No sigas, mi amor, que me recuerda ciertas cosas.

ANTONIA

Ni que lo digas. Podés irte, Petronila.

PETRONILA

Todavía no terminé de contar.

ANTONIA

¡Ah descarada! ¿Qué más hay que contar? Andate. ¿No tenés nada que hacer?

PETRONILA

Tengo que suturar una lastimadura de la niña Anita.

ANTONIA

Andá entonces.

RENAN

No te burles. (a Petronila) ¿Cuándo se lastimó Anita?

PETRONILA

(Desconcertada)

No sé. Yo siempre voy y la curo y la herida vuelve a abrirse. Señora: ¿Anita está muerta, verdad? ¿es por eso que la herida no se le cierra?

ANTONIA

¡Muy sagaz! ¿A tí qué te parece? ¿Anita está muerta? ¿Y Elvira? ¿Y yo?

PETRONILA

Usted está muy bien, señora. Elegante como siempre.

ANTONIA

¡Gracias!

RENAN

¿No querés que siga contando?

VICTOR

Por mí ya fue suficiente.

PETRONILA

Cuando el señor dejó de moverse me levanté y salí corriendo al comedor para aprontar la mesa para la cena. Pero él me siguió, me hizo apoyarme de cara a la mesa, me levantó el vestido por detrás y siguió en lo mismo que estaba en el dormitorio. Hasta que oímos el ruido del motor del auto de la señora. Pero él no me soltó. Después sentimos abrirse el portón del fondo, señal de que la señora venía acompañada de su señor suegro. El señor me dijo que faltaban veintitrés pasos de hombre y veinticinco de mujer para que llegaran a la puerta de entrada. Cuando sentimos la llave en la puerta,

él todavía se movió varias veces más empujando mi cuerpo sobre la mesa.

RENAN

Están atravesando el corredor del zaguán,

PETRONILA

me dijo en secreto.

RENAN

Son cinco pasos. Luego colgarán los abrigos y los sombreros en los percheros,

PETRONILA

... dos pasos más.

RENAN

Veremos sus sombras en el cristal de la puerta cancel...

RENAN y PETRONILA

¡Ahora!

PETRONILA

Y se retiró de golpe y salió corriendo desnudo, dejándome apoyada en la mesa con las piernas temblando. Apenas tuve tiempo de bajarme el vestido. El suegro de la señora me miró extrañado y me preguntó si estaba bien y que les llevara unos refrescos...

ANTONIA

¡Maravilloso! Y suficiente.

(a Víctor)

Un detallado relato de cómo se gestó tu hermana.

PETRONILA

Disculpe, señora, pero en honor a la verdad... no estoy segura si la concepción fue ese día. Ese verano siguió haciendo mucho calor y el señor venía a las cocinas varias

veces al día y cada vez repetía todo el procedimiento idéntico a como fue en el comedor.

RENAN

Esto ya me está aburriendo. Puede irse, Petronila.

PETRONILA

Si, señor.

(Petronila sale)

RENAN

Tengo que pedirte algo. Tenemos que subir antes que tu nieto y los demás te encuentren aquí. ¿Por qué no les dices a tus invitados que suban con nosotros? Veo que vino Ofelia. Siempre tan bella... Nunca quiso aceptar ningún regalo mío.

(Antonia gime furiosa)

Y el tío Adolfo... Ah... y las hermanas italianas...

VICTOR

¿Quiénes?

RENAN

Las hijas de aquel cliente de papá, vos no te acordás. Vienen porque ahora saben, pero ya no les sirve de nada... ¿No querés mostrarles a todos el resto de la casa?

VICTOR

Ya la conocen, han venido muchas veces.

RENAN

¡Pero qué aburrido y mal anfitrión! Recién estoy empezando a disfrutar la noche...!

Comienzan a oírse voces quejumbrosas y sonidos de **música** lejana que provienen del piso de arriba. Se suma el **piano**.

¿Escuchas? Están arriba. Ya no tienes excusas.

VICTOR

(Dirigiéndose al público)

Vengan. Creo que no van a irse hasta que no los escuchemos. Suban conmigo.

ESCENA 5

Víctor guía al público escaleras arriba. En el camino se ve a Emero reptando por la escalera. Antes de que el público termine de subir se escuchan gritos desde la planta baja. Dolores aparece desliziándose apenas rozando el suelo. El público la ve desde lo alto.

DOLORES

¡Víctor! ¡Abrió los ojos! ¡La nena me miró! ¡Ahora va a poder mirarte!

Víctor sigue su camino. Al llegar al piso de arriba, vemos a Renán y Antonia en un balcón interior. En el fondo penumbroso de un baño el cuerpo de Elvira parece flotar sobre el borde de una bañera. Anita se queja frente a la pileta de otro baño. Víctor hace detener al público y queda paralizado por una fuerza extraña que le impide avanzar.

ANITA

La herida no se me cierra.

ELVIRA

¿Te acordás Víctor aquella tarde que estábamos jugando en el sótano y vino papá? Siempre jugábamos a meternos en el baúl de la ropa vieja. A mí me empezaban a quedar bien los soutienes de la abuela. Papá nos dijo que iba a empezar la ceremonia. Primero nos desnudó y después nos empezó a poner la ropa del baúl y a envolvernos y a mí me empezó a faltar el aire. El cantaba y te pedía que lo ayudaras a ponerme collares y me dijo que estaba hermosísima.

(Renan comienza a cantar suavemente y sigue cada vez más fuerte, se le une el **piano**)

Después trajo una escalera, me agarró en brazos, enganchó los collares a una de las vigas del techo y me soltó.

Renán detiene su canto.

Yo vi mis pies flotando en el aire y me balanceaba como en una hamaca y veía tu cara de miedo y oía tus gritos como de lejos.

(Elvira desaparece en la penumbra)

Se abre completamente una de las puertas y reconocemos a Anita, recortada contra la luz mortecina de una sala de baño antigua. Ahora lleva un vestido con volados y pequeños encajes y las mangas remangadas. Se oye el goteo de una pileta.

ANITA

La herida no se me cierra mamá. Petronila no puede curarme.

ANTONIA

¿Qué te pasó, querida?

ANITA

No me acuerdo bien. Veo a papá llegar al jardín y llevarme de la mano para ver unas flores del cantero de mármol. Venía de la mano de Víctor que era chico y traía unas botellitas. Papá le dijo que me mostrara las botellitas y después me hizo mostrarle mi mano y me hizo un tajito y dijo que era un juego nuevo y que la sangre tenía que llenar todas las botellitas que sostenía Víctor. Yo ví que la sangre salpicaba el cantero blanco de mármol y me quedé mirando lo roja que era y lo blanco del cantero y estaba contenta porque me hacía acordar a cuando jugaba a marearme pero estaba mareada de veras. Y ahora lo único que me molesta es que el tajito sigue siempre abierto.

ANTONIA

Víctor: la policía aseguró que fuiste tú. La mataste jugando.

RENAN

Eso pareció.

ANITA

Pero yo estoy segura que fue papá. Yo ví a papá...

ANTONIA

¿Quién puede asegurarlo? Los niños son muy perversos.

ANITA

Mamá, quiero saber cómo hacer para tener hijos. Me gusta Raúl.

ANTONIA

Ya sentí ese nombre rebotar por estas paredes. ¿Alguien quiere recordarme quién es Raúl?

RENAN

Creo que vendría a ser... veamos... siguiendo la cadena del parentesco... si no estoy equivocado... en el tercer grado de la descendencia... Lo de ustedes va a ser imposible.

ANITA

¿Por qué imposible? ¿Por qué? ¿Por qué...?

PETRONILA

(Entrando apresuradamente)

Ya está listo el deshabillé de la señora. Si la señorita Elvira los incomoda me avisan y la hago acostar.

RENAN

Querida... ¿de veras tú no recuerdas nada o prefieres hacerte la tonta y comportarte como si las cosas fueran como antes?

PETRONILA

¿Cómo antes de qué, señor?

ANTONIA

Acercate.

RENAN

¿Te acordás qué pasó aquel día cuando dejaste quemar el lechón con ciruelas?

PETRONILA

Ah... yo... El señor llegó a la cocina porque sintió el olor y yo le expliqué que no había sido culpa mía, que había dejado encargada a Elvirita mientras preparaba la salsa. Pero él me dijo que no tenía importancia y me hizo vaciar la mesa larga de amasar y acostarme encima. Yo estaba contenta porque imaginaba que el señor pronto se subiría también a la mesa conmigo... a hacer lo que siempre hacía. Pero él apagó la luz, prendió unas velas y las comenzó a colocar alrededor mío. Entonces sí se trepó a la mesa y se acostó sobre mí. De pronto se interrumpió. Yo le rogaba que siguiera pero él tomó un trozo de cebo, lo amasó formando una especie de tapón y lo introdujo en mis intimidades. Aullé de dolor porque me quemaba. Pero pronto sentí el líquido derretirse y le volví a suplicar que volviera a mí. Pero no me hizo caso. Agarró una de las velas, la acercó a mi pelo, a mis pies y a mi falda y yo empecé a sentir olor a quemado. Al principio creí que seguía prendido el horno y era el lechón que se seguía quemando pero al ver las llamas que empezaban a brotar a mi alrededor me asusté y grité, pero el humo se me metió por la garganta y me quedé sin voz. Por suerte ahora puedo volver a hablar y verlos a todos y asegurarles que no fue mi culpa que se quemara la comida.

ANTONIA

Sugestiva imagen la de su cuerpo sobre la mesa de la cocina y el precioso tapón de sebo. Pero no me supera.

PETRONILA

Nadie puede superar a la señora. Con permiso. (sale)

RENAN

Cocinaba bien. Pero desde que tuvo a Elvira se creía con derechos... y sabía demasiado.

NEREIDA

Apareciendo de pie sobre el pretil del gran ventanal. La suave tela de su vestido, que parece desplegado por el

viento, se ve adherido al vidrio de la
ventana como las alas de un insecto.
Víctor... quiero contarte...

RENAN

¡Nereida! Me divierte verla así.

OLGA

(Desde la penumbra, al costado
de una chimenea)

Mi Nereida tiene quince años, el pelo castaño, la piel suave y no entiende nada de la muerte. Tiene que estudiar su lección de piano. No debe ir más a lo de mi prima Antonia. Allí están pasando cosas muy raras, cosas horribles. Ese niño, Víctor, ese niño que parece un viejo, siempre de chaleco, insiste en encerrarse con mi Nereida en todas partes, en cuanto llegamos de visita se la lleva de la mano y no se escucha nada durante horas. Hoy no puedo acompañarla, ella insiste en ir sola, le pedí que volviera temprano, que se pusiera la enagua almidonada y no se encerrara con el niño. Solo tomar la naranjada y volver a casa. No me gusta cómo la mira el marido de mi prima, no me gusta el niño, no me gusta esa casa, no me gusta mi prima, no me gusta...

(de pronto se detiene,
desconcertada)

Ella está aquí. No volvió para casa. Nunca volvió. Le dije que no viniera más aquí, ¿dónde está? Alguien dijo su nombre...

NEREIDA

Desde lo que pasó con las primas, mi mamá no me quería dejar venir más a esta casa. Decía que estaba maldita y que era raro que la policía no hubiera podido aclarar nada. Dijeron que Anita se había desangrado sin darse cuenta jugando a los vampiros contigo y que Petronila se había ido llevándose a su hija. Pero yo seguí viniendo. La tía Antonia se pasaba en su dormitorio. La verdad es que yo hacía mucho que la había visto por última vez. El tío Renán no permitía a nadie subir al primer piso. Un día me preguntó qué hacíamos vos y yo

tanto tiempo encerrados cada vez que yo venía. Le dije que hablábamos de Anita y Elvira, fue lo primero que se me ocurrió.

(comienza a oírse el **piano** desde lejos)

Una tarde llegué temprano y vos estabas todavía en el liceo. Tu padre me hizo pasar y me convidó con unas frutas abrillantadas. Me dijo que me quería mostrar unas flores nuevas al lado de la fuente. Fuimos al jardín, me hizo sentar en el borde de la fuente y se puso a mirar mis zapatos. Me había puesto unos zapatos de charol. De la fuente salía olor a flores podridas. De pronto él se arrodilló frente a mí, tomó mis pies, levantó mis piernas en el aire y me tiró a la fuente.

(se detiene el piano)

Sentí el agua helada y estiré los brazos para salir pero unas manos me empujaron la cabeza hacia abajo. Lo único que veía era el agua turbia y la luz del sol a través de las plantas que se enredaban en mi ropa. Después el agua se oscureció y las manos parecieron disolverse. Cuando volví a ver no sentí más frío, ni olor feo ni nada que me tocara.

RENAN

¿Querés saber más detalles de cómo procedí con tu madre?

ANTONIA

(a Renán)

¿No te parece que sería más conveniente que se retiraran las niñas?

ANITA Y ELVIRA

¡Mamá! ¡No!

ANTONIA

¡Sin discusión!

(Anita y Elvira desaparecen en la penumbra y Nereida escapa)

RENAN

El secreto fueron las dosis. Siempre pequeñas dosis mezcladas con las comidas. Yo creo que ella sospechaba, pero

con los años reveló tener una naturaleza bastante perversa. Fue en la época en que me empezó a inquietar la pubertad de Elvira. Eso me enfermaba. Pero volvamos a tu madre... Siempre fue tan bella tu madre, todas sus partes tan perfectas... Cuando me decidí a pasar el límite de mis placeres ordinarios con ella, primero le dí una dosis doble de somníferos y me apropié de su pierna, de la rodilla para abajo. Mi idea original fue cortarle sólo el pie pero no quería renunciar a su hermosa pantorrilla y decidí que quedara unida al pie. Fue un corte perfecto, una sutura exacta. Petronila me ayudó por supuesto. Cuando se recuperó, me encapriché con la mano izquierda. No dejaba de mirarla ni de día ni de noche. Hasta que me la apropié también. Pero esta vez corté justo a la altura de la muñeca. Se me había antojado sólo la mano. Le tuve que seguir dando somníferos porque se quejaba mucho.

ANTONIA

No exageres. No me quejaba tanto.

RENAN

Puse la mano en la cómoda junto al pie y la contemplaba con arrobamiento. No sabía qué me excitaba más, si el hermoso y redondo brazo sin mano que yacía sobre la cama o la mano que reposaba a dos metros de distancia.

ANTONIA

¿Te acordás cuando una tarde te olvidaste de darme el somnífero y me desperté?

RENAN

Cómo olvidarlo. Parecías tan complacida que te dejé despertar casi del todo.

ANTONIA

Me acuerdo que abrí los ojos y me sentí extraña. No me daba cuenta que me faltaba el pie. Yo sentía los dos pies y el cuerpo flotar liviano sobre las sábanas perfumadas...

RENAN

No hay como Petronila en el arte de perfumar.

ANTONIA

(Furiosa)

¡Dejá de nombrar a Petronila cuando estoy recordando mis propios momentos!

RENAN

¡Perdón!

ANTONIA

¿En qué estaba? Ah sí... el pie. En un momento miré hacia la cómoda y ví un pie con su tobillo apoyado en un borde. Pensé que era un fetiche que habías conseguido mientras yo dormía. Se me ocurrió pensar que me habías estado acariciando con él todo ese tiempo.

RENAN

Quién sabe...

ANTONIA

Me resultó tan excitante la idea que extendí los brazos para abrazarte. Pero algo resultaba raro. No tenía fuerzas para levantar el brazo izquierdo y sacarlo de debajo de las sábanas. Después ví la mano sobre el estuche de las joyas y volví a pensar que era otro de los fetiches, pero enseguida reconocí el anillo. Mi anillo con la piedra negra que hacía años no me podía sacar del dedo...

RENAN

Es cierto. No salía ni con jabón. Yo te rogué que no te lo sacaras. Armonizaba perfecto con el color de tu piel.

ANTONIA

Era tan perfecta la forma de esa mano con mi anillo que cuando la certeza de que era mi propia mano me iluminó como un fogonazo, sentí el mayor espasmo de placer de mi vida.

RENAN

¿Te acordás cómo te sostuve en ese instante de éxtasis?
¿Cómo gritaste de horror y en seguida ese grito se disolvió en aullido de goce?

ANTONIA

Cómo olvidarlo. Repaso cada día ese momento.

RENAN

Puedo contarte más cosas de la inefable agonía de tu madre y cómo seguí apropiándome poco a poco de casi toda ella y conservé sus deliciosos fragmentos junto con algo que quiero que encuentres...

MARIA DOLORES

(Apareciendo en uno los descansos de la escalera y mirando desde abajo a los demás)

Falta la última parte. Que tu padre te cuente lo que realmente pasó con nuestra niña.

RENAN

¡Andate de acá, rata!

ANTONIA

¡Que no suba, que no suba!

MARIA DOLORES

Que te diga cómo se aprovechó de que estábamos solos.

RENAN

¡Fuera de mi casa!

MARIA DOLORES

Que te cuente qué pasó mientras te fuiste de viaje, cómo entró en ese baño mientras yo estaba bañando al bebé y me lo arrancó de las manos y lo lanzó por la ventana.

RENAN

¡Callate!

MARIA DOLORES

Que te cuente cómo yo me quedé quieta, dándome cuenta que la niña había muerto porque no escuché ni un grito y sólo sentí el golpe seco sobre las baldosas del patio dos pisos más abajo y cómo en ese segundo supe perfectamente lo que iba a hacer. Que te diga cómo le sonreí complacida y le pregunté a qué hora quería la cena y él me dijo que a las nueve en

punto y el estofado con poca sal. Que te confirme cómo bajó al comedor y se sentó tranquilamente a esperar la comida con la servilleta blanca sobre las rodillas y sirviéndose una copa de brandy. Lo que no te va a poder confirmar porque no me veía es cómo yo salí del baño, me sequé las manos, bajé a la cocina, calenté el estofado y se lo serví. El protestó porque había poco pan en la mesa y me preguntó por qué no me sentaba a comer con él. Le dije que empezara nomás que yo no tenía hambre. Lo que tampoco te va a poder contar es cómo volví a la cocina, preparé el suflé y regresé al comedor justo en el momento en que él reclamaba el postre. El resto que te lo cuente él.

RENAN

Tuberculosa maldita. La muy zorra me envenenó. Me dí cuenta al otro día, cuando sentí unos terribles dolores. Quise vomitar y no pude. Entonces fui hasta el armario de los remedios y comprobé que faltaban ocho pastillas de uno de los frascos.

MARIA DOLORES

Diez.

RENAN

¡Desgraciada!

EMERO

(Apareciendo en el último tramo de la escalera)

Esa noche yo no estaba. Cuando volví a casa al otro día pensé que la niña se había caído por accidente. Pero antes de morirse, sin dejar de burlarse, papá me contó la verdad. Tenés que perdonarme, preferí que pensaras que fue un accidente terrible.

MARIA DOLORES

(a Emero)

¿No te falta nada?

RENAN

¿Faltar qué? Ya está. Ahora andate que le tengo que pedir algo a mi hijo.

EMERO

Cuando llegué al patio y ví los cadáveres pensé que Dolores se había suicidado por la desesperación de encontrar a la niña muerta. Pero dos días después, cuando se estaba muriendo, papá me confirmó que había sido él el que le había pegado el tiro.

MARIA DOLORES

Yo seguía en el suelo del patio abrazando a la niña. Ya había anochecido por completo. De pronto ví la silueta de tu padre recortada en el umbral de la puerta, con su cara desagradable iluminada por la luz de la luna. En su mano brillaba un revólver. Despacio, empezó a caminar hacia mí. Me pareció que se tambaleaba un poco. Tuve por un instante un absurdo sentimiento de triunfo. Ya le están haciendo efecto las pastillas, pensé. Pero él seguía avanzando hacia mí y yo no tenía fuerzas para moverme. Cuando llegó se arrodilló y acarició a la niña, que tenía la cabeza rota. Tenía puestos unos guantes. Me levantó el brazo derecho, me colocó el revólver en la mano, me dobló el codo, apuntó hacia mi cara, me hizo mover el dedo en el gatillo... y el revólver se trancó. Empecé a gritar furiosa y a escupirlo, le arranqué el revólver de la mano y yo misma me disparé. Esa vez funcionó.

EMERO

Papá, me dijiste que habías sido vos...

RENAN

Bueno, hubiera sido una satisfacción para mí la verdad.

EMERO

Cuando te fuiste esos meses de viaje quise prevenir a Dolores, que supiera de lo que papá podía ser capaz. Yo también quería vengarme de él por la muerte de Nereida, pero fui un cobarde.

RENAN

Nunca me gustó esa mujer para vos, Víctor. Tampoco me gustaba Emero como heredero. En algún momento llegué a considerar también la idea de... bueno... ¡La gloriosa guerra,

higiene del mundo! ¿De quién era esa frase? En fin, algunos de los restos de tu madre están escondidos en la chimenea de tu dormitorio, junto a mis escritos del manicomio. Meté la mano con fuerza y tirá y vas a ver lo que te digo.

SANTIAGO

(Asomándose)

¡Error! ¡error! Va a encontrar sólo la mano. Acordate lo que nos pasó cuando quisimos conservar la pierna.

RENAN

¡Es cierto! Se estropeó. Cometimos un error en la loción para conservarla. Pero la mano nos quedó perfecta: ¡una verdadera obra maestra, la envolvimos en el pergamino! Gracias por hacerme acordar. Papá era un gran escritor. Brindo por tí, el único aquí que murió de forma bastante... normal.

SANTIAGO

Yo les había pedido mil veces que arreglaran ese escalón. Me caí como un viejo estúpido.

EMERO

Yo te empujé.

SANTIAGO

¿Qué?

EMERO

Eso. Que te empujé. Me tenías harto, abuelo. Me da un poco de vergüenza confesarlo, pero supongo que como hoy todos estamos diciendo cosas... Yo estaba celoso de que papá fuera tan inteligente y pudiera matar tan bien a todos y quise probar. Yo también quería sentirme importante. La única mujer que quise prefirió a mi hermano más chico. Me mandaron a la guerra contra mi voluntad. Me rompí la espalda y quedé tullido. Quedé obligado a cuidar del abuelo y del tío Anselmo. Tuve que hacerme cargo de los cadáveres de Dolores, la niña y papá y ayudar a criar a mi sobrino.

ANTONIA

Te lo mereces por traidor. No creas que no estoy enterada de que te pasaste a los republicanos. Víctor: quiero pedirte que le escribas al Generalísimo aclarándole que lo de tu hermano fue en contra mi voluntad.

EMERO

Se lo podrás decir tú misma. Franco está muerto, mamá.

ANTONIA

¿Ya?

SANTIAGO

Esto es denigrante. Terminar muriendo empujado por un asqueroso rebelde comunista al bajar la escalera de mi propia casa.

EMERO

Abuelo: cuando empezaste a bajar la escalera y te seguí me latía el corazón con fuerza. Qué raro, todavía siento cómo me late ahora que lo cuento. Fue fácil: le di un golpe a tu bastón y te caíste rodando.

SANTIAGO

Imbécil.

RENAN

Queda poco tiempo. En el hueco de esa chimenea que hice tapiar vas a encontrar mis memorias. Tienes que dárselas a tu hijo para que las haga publicar. Es literatura... inigualable. No voy a dejar de perseguirte hasta que lo hagas. ¡El mundo tiene que conocer mi obra! No me arrepiento de nada.

EMERO

Yo me arrepiento de lograr que te dejaran volver a casa. Un día yo también tomé mi decisión...

Emero se tira rodando por las escaleras.

RENAN

Báh... ¿A quién le importa? (a Víctor) Revisá la chimenea. Encontrarás lo que te digo... Y el pergamino para llegar al tesoro, que si no fuera porque la tuberculosa me envenenó, yo hubiera disfrutado. ¡Quiero mi libro en tapas duras, con letras en relieve! ¡Una edición de lujo! ¡Un millón de ejemplares! A propósito... ¿siguen cavando en el Cementerio Central?

ANTONIA

En esas memorias se cuenta nuestra pasión. Ni vos ni nadie en esta casa, ni vivos ni muertos, saben lo que es eso.

RENAN

¡No te vamos a dejar en paz hasta que hagas lo que te pedimos!

Todos avanzan hacia Víctor, murmurando sus reclamos con voces distorsionadas. El **piano** suena con ecos extraños.

NEREIDA

¡Víctor! ¡No pienses en ellos para que desaparezcan!

Las figuras fantasmales se retraen.

SANTIAGO

Siempre es lo mismo. En la cadena del ser el poder lo tienen los vivos. Los jóvenes tienen la fuerza, los hombres maduros mandan, los viejos van perdiendo sus derechos, pero el muerto ya no tiene nada.

RENAN

Callate papá. Es cuestión de carácter.

(a Víctor)

Y vos: buscá en la chimenea...

Nuevamente todos intentan hacerse oír y luchan para no desaparecer de la conciencia de Víctor. Ecos del **piano**.

OLGA

¡El asesino de mi Nereida está cerca, lo siento!

NEREIDA

¡Mamá! Estoy aquí, soy yo, Nereida...

RENAN

¡Hay que encontrar el pergamino! ¡Mis memorias!

ANTONIA

¡Seré famosa por mi muerte! ¡Encuentren el tesoro!

ELVIRA

¿Qué tesoro?

ANITA

Me gusta Raúl.

EMERO

¿De qué tesoro hablan? ¡Siempre me dejan afuera de todo!

SANTIAGO

La pierna se estropeó. La nariz se estropeó. La oreja se estropeó. Vas a encontrar solo la mano.

DOLORES

¡Víctor! Mirala, está hablando. La nena me habló...

Todos empiezan a moverse y gemir a un tiempo. Aumentan los ecos del **piano**.

Víctor se concentra en el umbral de la puerta de su dormitorio. La luz se va atenuando y los fantasmas callan y parecen disolverse en la penumbra. Absoluto silencio.

VICTOR

(al público)

Discúlpennos. Vengan conmigo. Entren.

ESCENA 6

Víctor hace pasar al público a una habitación ambientada como dormitorio

anticuado y cierra la puerta. Hay una pequeña chimenea en una de las paredes.

VICTOR

Entren, aquí estaremos tranquilos. Acomódense por aquí. Papá y mamá no van a atreverse a entrar acá.

(bajando la voz)

Ahora que los escucharon quería contarles que no me arrepiento de nada. Cuando era niño pasaba mucho tiempo solo, imaginando cómo hacer desaparecer a mis hermanos. No quería ser el menor. En realidad quería ser hijo único y quedarme solo en esta casa, toda para mí. ¿A qué edad un niño se vuelve más inteligente y sagaz que su padre? ¿Cuándo se da cuenta que su propio padre es loco y puede empezar a manipularlo? ¿A los ocho, a los nueve años? Yo tenía diez. ¿Habré heredado la locura de papá? Siempre me lo pregunté. Pero si me lo pregunto es que no estoy loco del todo. Por las dudas, nunca dejé de usar chaleco. Así doy buena impresión. Papá me sentaba en las rodillas y juntos planeábamos cómo hacer desaparecer a todos. Yo imaginaba todos los detalles y le hacía creer que iba a ser como un juego. Lo de hacer tajos en las muñecas lo había visto en una película, lo de la parafina lo leí en una novela. Los collares alrededor del cuello fue entera creación mía. Papá se reía y cada vez se mostraba más entusiasmado. Aunque nunca creí que fuera a pasar a los hechos. La primera muerte me asustó pero después empecé a tomármelo en serio y a admirar a papá. Me contaba que el abuelo lo había obligado a casarse con mamá porque ella tenía dinero y así no tuvimos que vender la casa de la familia. Pero yo me dí cuenta de que papá estaba obsesionado de veras con mamá. Eso podía ser un estorbo. Ahora que me acuerdo...

Se interrumpe y se acerca a la chimenea, mete la mano por el hueco y comienza a tantear.

Acá no hay nada. Les decía: a la única que no hubiera querido que mataran fue a Nereida, claro. Pero se me escapó, no llegué a tiempo y papá ya le estaba tomando el gusto a la

cosa. Cuando llegué a casa tuve que abrazarlo y felicitarlo, como hacía siempre, porque me dio miedo de que se enojara. Después se lo llevaron... Me hicieron muchas preguntas pero el abuelo me defendió y yo logré desconcertarlos. Para los interrogatorios yo me ponía mi mejor chaleco y me peinaba para atrás con gomina y declaraba con orgullo que ya tenía doce años. Nunca más me molestaron.

(mientras intenta nuevamente
explorar la chimenea)

Acá creo que estoy tanteando algo... ¡Ah!

Se oyen golpes en la puerta.

VOZ DE HOMBRE

¡Abuelo!

VICTOR

(Interrumpiendo la búsqueda)

Si. ¿Qué pasa?

VOZ

¿Puedo pasar?

VICTOR

¡Ya vá! Pará que me estoy cambiando.

(Al público)

Ahora va a entrar y me va a preguntar si me preparé el té y si me tomé la pastilla. Todas las noches es igual. (va hacia el escritorio, guarda llaves en cajones y chaleco, simula leer un libro, gritando hacia la puerta) ¡Pasá!

GERMÁN

(entrando al dormitorio. Es el mismo actor que representó a Renán, ahora vestido con ropa deportiva actual)

Abuelo, ¿vas a bajar a cenar con nosotros?

VICTOR

No sé. Estoy un poco cansado.

GERMAN

¿Te preparaste el té y tomaste la pastilla? Me dijo Sonia que hace cinco minutos te preguntó y le dijiste que ya ibas.

VICTOR

¿Cinco minutos...? ¿A qué hora me preguntó?

GERMAN

Yo qué sé. Serían las nueve. Bueno por qué no vas y así descansás.

VICTOR

¿Y qué hora es?

GERMAN

¿Para qué querés saber? Nueve y siete... ¿Por qué no vas...?

VICTOR

Ya voy. (señalando al público) Les estaba contando la historia de papá. Y sobre Nereida...¿sabés que esta noche vino y me explicó un montón de cosas? Lo mismo papá, pero lo de papá yo ya lo sabía casi todo.

GERMAN

Otro día me contás, ahora mejor...

VICTOR

Vos tendrías que saber las cosas.

GERMAN

¿Qué cosas?

VICTOR

Lo de los asesinatos. Pero me parece que algunos detalles mejor no contarte.

GERMAN

Abuelo, ¿por qué no vas...?

VICTOR

A hacer el té. Si, ya voy. Mejor, ustedes quédense tranquilos que por supuesto ya no hay peligro.

GERMAN

Por favor, no empieces de nuevo.

VICTOR

Ni falta que hace. (señala al público) Me alcanza con que ellos me escuchen.

GERMAN

Ellos ¿quiénes?

VICTOR

Ellos. (escrutando entre los rostros del público)... raro que no viniera la tía Ernestina, ni aquel notario tan simpático que decía que cuando Elvira fuera mayor... A veces viene... (pausa, mirando a Germán)
¿Vos no ves nada, no? Cuando llegues a viejo como yo quizás empieces a verlos. Están por todas partes.

GERMAN

¿Ya empezamos otra vez? Si Sonia te oye...

VICTOR

Ya sé. Ya sé. No te preocupes. Ahora les digo que se vayan, pero primero me voy a hacer el té.

GERMAN

Vos tenés que descansar y tomar los remedios y no insistir con estas cosas. La ponés nerviosa a Sonia. Además...
(señalando la habitación)
... yo creo que vos sabés bien... que acá no hay nadie.

VICTOR

(pausa, parece desconcertarse)

No, claro. Tenés razón. Ya vengo. ¿Querés que te haga un té a vos también y a Sonia?

GERMAN

No, muchas gracias. Vamos a cenar con papá y los chiquilines.

VICTOR

Ya sé que vino tu padre. Milagro.

GERMAN

¿Cómo sabés si recién llegó?

VICTOR

Me lo dijo Dolores, hace rato.

GERMAN

¿Qué...? Mirá abuelo, la abuela no pudo habértelo dicho porque está muerta hace décadas. ¿Eso lo sabés, verdad? Sonia y yo queremos tener una cena con toda la familia. ¿En serio no querés bajar un rato?

VICTOR

Báh... no tengo ganas de ver a tu padre. Nunca viene y cuando viene no es capaz de subir a saludarme. (duda) Aunque papá me encargó que le diera unos papeles... Me voy a hacer el té y bajo.

GERMAN

Bueno, después le digo a Elina que venga a verte.

VICTOR

No preciso que nadie me venga a ver como si fuera un bebé. Olvidate y andá con tu mujer.

Sale rumbo a la cocina. Entra Sonia, que es la misma actriz que representó a Antonia, pero ahora vestida con ropa actual.

SONIA

(A Germán)

¿Dónde está?

GERMAN

Se fue a hacer el té.

SONIA

¿Qué te dijo?

GERMAN

Lo de siempre. Pero está tranquilo. Vení, vamos abajo.

SONIA

Yo no estoy tranquila. No aguanto más.

GERMAN

No empieces. Vamos a comer que mañana me tengo que levantar temprano.

SONIA

Seguís haciendo de cuenta que el problema no existe.

GERMAN

¿Qué querés que haga? Hablá bajo que te va a oír.

SONIA

Yo ya te dije lo que tendríamos que hacer. No podemos seguir así.

GERMAN

Esto ya lo hablamos. La casa es de él. ¿Preferís que nos vayamos nosotros y vivir en un apartamento? Además, hay que seguir buscando.

SONIA

¿Todavía soñás? No vas a encontrar nada. ¡Lo único que te falta es empezar a demoler!

GERMAN

Yo no me rindo. Está escondido en algún lado. La tía Olga sabía muy bien. Le contó a papá. ¿Y si es cierto?

SONIA

Otra chiflada. Como él, que se pasa hablando todo el día.

GERMAN

El único momento que molesta es a esta hora, después ni se siente. Todos los viejos hacen cosas raras y hablan solos.

SONIA

Pero no hablan de gente descuartizada y pedazos de cuerpos escondidos. El siquiatra lo dijo clarito...

GERMAN

Un exagerado. Si querés nos mudamos a otro dormitorio.

SONIA

¿Y si pasa cualquier cosa y no lo sentimos?

GERMAN

¿Qué va a pasar?

SONIA

Necesita que lo vigilen todo el tiempo. (dirigiéndose a la repisa de la chimenea) ¿Qué es esto? ¿Por qué tiene velas?

GERMAN

No sé. Por si hay apagón. Vamos que nos va a encontrar acá discutiendo y se va a poner nervioso.

Salen murmurando, nerviosos. Unos segundos después Víctor vuelve a entrar al dormitorio llevando un platito con una taza de té.

VICTOR

Ya está. Cuando lo tome me voy a sentir mejor. Disculpen que no les preparé para ustedes. No quise armar más ruido. Les decía que yo me peinaba con gomina y me mostraba responsable y serio ante ellos y siempre declaraba lo mismo. Había visto en una película de detectives cómo aconsejaban a unos sospechosos declarar siempre lo mismo en los interrogatorios. Y como yo era menor de edad... Eso fue lo mejor. Cómplice de asesinato mientras uno todavía era menor...

De pronto se interrumpe con expresión de dolor y comienza a caer al suelo hasta quedar sentado con la espalda contra el borde de la chimenea. El plato y la taza de té se resbalan de su mano y caen al suelo, derramándose el líquido. Petronila entra dos segundos después.

PETRONILA

¡Niño Víctor! ¿qué le pasa?

VICTOR

Nada. Estoy un poco cansado.

PETRONILA

¿Tiene fiebre? ¿Quiere que le aplique una sangría?

VICTOR

No, Petronila. Dejame solo.

PETRONILA

¿Se va a quedar aquí? ¿no va a bajar a saludar al señor Andrés?

VICTOR

¿Lo viste?

PETRONILA

Yo veo todo, niño Víctor. Aunque últimamente veo las cosas como si estuvieran atrás de una capa de niebla.

VICTOR

Petronila, ¿de veras no sabés lo que te pasa?

PETRONILA

¿Que estoy muerta? Sí, ya lo sé. Pero no noto casi ninguna diferencia. Sólo a veces, esta niebla en la vista, o las voces que se acercan o se alejan y no depende de la distancia.

VICTOR

Creo que voy a descansar un rato y después bajo. ¿Por qué no acompañás a la visita?

Petronila mira al público y se acerca al oído de Víctor.

PETRONILA

¿Quiere que se vayan, niño Víctor? ¿Les digo que bajen?

VICTOR

Eso es. Yo mientras me voy a aprontar...

PETRONILA

Vengan conmigo por favor.

VICTOR

Petronila...

PETRONILA

¿Si, niño?

VICTOR

¿Sabés algo del pergamino que dice tía Olga?

PETRONILA

Hay que levantar el quinto tablón del sótano. Otra parte está enterrada atrás del bebedero, en el jardín.

VICTOR

¿Qué cosa? ¿De qué estás hablando?

PETRONILA

Del tesoro, niño. En el pergamino escondido en su chimenea está el plano para encontrarlo.

VICTOR

¿En esta casa hay un tesoro?

PETRONILA

El tesoro de las Masilotti, niño Víctor. Las hermanas italianas, hijas de aquel cliente de su abuelo. Creo haberlas visto esta noche entre sus invitados.

VICTOR

(ensimismado, mirándose en el
gran espejo sobre la chimenea)

Papá nunca me dijo...

PETRONILA

Espero que baje pronto a cenar. El señor Andrés seguro va a sentarse de espaldas a la escalera, como siempre. (al público)

Tengan la amabilidad de seguirme. Bajemos.

ESCENA 7

Petronila guía al público de nuevo hacia la planta baja y sale. Sarita y

Mercedes están colocando una mesa en el centro del hall. Se escucha música moderna en el **piano**. Sarita es la misma actriz que antes representó a Anita y Mercedes es la misma que antes fuera María Dolores. Ambas visten uniformes liceales. Sonia está abstraída quemando papeles en la chimenea.

SARITA

¿El idiota de Raúl podría venir a ayudar no? (a Sonia, mientras sale Mercedes) ¿Dijiste el blanco?... ¡Má!

SONIA

Sí, el blanco.

SARITA

(extiende un mantel en la mesa
y se acerca a la chimenea)

¿Qué estás haciendo?

SONIA

Nada.

SARITA

¿Cómo nada? ¿Qué estás quemando?

SONIA

¡Shh! Nada. Unas porquerías que cayeron de la chimenea de tu abuelo. No le digas a tu padre.

SARITA

¿Pero qué son?

SONIA

¡Nada! ¿no ves? Papeles podridos.

SARITA

Pará ¿y ese pergamino?

SONIA

Nada. ¡Hacé lo que te dije y aprontá la mesa! ¿Podés creer que tiene lleno de porquerías sancochadas en la chimenea? Aprovecha que está tapiada y mete basura. ¡Y hay más porquerías trancadas que no pude sacar! Voy a mandar destapar esa chimenea. Es una inmundicia. Cosa de llenar la casa de ratas.

Sonia sale. Entra Mercedes.

SARITA

¡Ayúdame con las copas! Mi madre me tiene podrida. Estaba leyendo tranquila y me llamó para esto.

MERCEDES

(que trae en brazos una muñeca)

Esta casa está buenísima. ¿Qué estás leyendo?

SARITA

Un libro que está propio, sobre el vampirismo, los hombres lobo y todas esas cosas.

MERCEDES

¿Creés en los vampiros?

SARITA

No, tarada. Es una interpretación psicológica de la mentalidad dominante del padre sobre las hijas mujeres. Un tipo de incesto. Tiene que ver con algunos trastornos mentales.

MERCEDES

¡Fáh...! Ta bueno. Y eso de estar vivo después de muerto...

SARITA

Eso es en las novelas y las películas. Yo estoy hablando de un libro científico.

MERCEDES

¿Quién puede probar que no hay vida después de la muerte?

SARITA

¿Vos creés en los fantasmas?

MERCEDES

Obvio.

SARITA

¿Y en la reencarnación?

MERCEDES

¡Más bien!

SARITA

Tás de la mente. ¿Por qué no soltás esa muñeca?

MERCEDES

Estoy practicando. Mirá...

(imita la expresión calma de la muñeca y de pronto deforma su cara en un grito mudo y mueve la cabeza de la muñeca mostrando que tiene el cráneo roto)

SARITA

¡Páh... re perverso! ¿Por qué no le mostrás a mi hermano? A vos te gusta mi hermano...

MERCEDES

¡No!

Entra Elina, hermana de Sarita, con platos y cubiertos. Es la misma actriz que antes representara a Elvira y a Petronila.

ELINA

¿Dé qué hablan?

SARITA

¿Qué te metés, vos?

ELINA

¿Estaban hablando de violaciones?

SARITA

No encajes, tarada. Ayudá.

SONIA

(entrando al hall con una
botella, acompañada de Germán,
la tía Nora y Andrés)

¿Aprontaron? Bueno siéntense chicas. Siéntese Andrés. Nora,
vení acá conmigo. ¿Y Raúl?

SARITA

Yo qué sé. Estaba en la compu con ese juego nuevo de la
guerra.

SONIA

(gritando hacia la puerta)

¡Raúl! ¿vas a venir o no?

Todos se sientan en torno a la mesa. Andrés,
el hijo de Víctor, lo hace de espaldas a la
escalera. Es el mismo actor que representó a
Santiago, pero ahora ataviado con aire
bohemio. La figura de Raúl se recorta en el
umbral de la misma puerta en que había
aparecido Emero antes. Es el mismo actor,
ahora con el pelo revuelto y jeans.

RAUL

Hola, abuelo.

ANDRES

Hola che. ¿Qué hacés?

RAUL

Nada.

ANDRES

¿Está bueno ese juego de la guerra?

RAUL

(sentándose a la mesa con los
demás)

Yo qué sé. Si, está bueno.

SONIA

Ahora que estamos todos, vamos a servir una copa para celebrar. (a Germán) ¿Me ayudás?

Germán comienza a servir a todos en las copas.

SARITA

¿Para nosotros también? ¡Páh... a estos les pasa algo!

SONIA

(a Nora) ¿Tu hija a qué hora viene? ¿La esperamos?

NORA

No. Después se va con las amigas.

SARITA

¡Ay tía! ¿Por qué ponés esa cara?

NORA

Porque fue a la piscina. No sé... me pone nerviosa. Todo lo que tiene que ver con el agua y esa chiquilina me pone nerviosa.

SONIA

Ay Nora, ya está grande la nena. ¿El tío Guillermo viene?

RAUL

No, má. ¿No lo conocés? Hasta que no termine no se va a levantar del piano.

SONIA

Bueno, les decimos.

GERMAN

¡Claro!

SONIA

Van a tener otro hermano.

ELINA

¡Guáu! ¡Qué de más!

SARITA

¿Quéééé?

ANDRES

¡Otro nieto! ¡Carambola!

Todos se levantan. En medio del alboroto y las felicitaciones, se ve cómo Víctor comienza a bajar la escalera y avanza hacia la mesa.

VICTOR

Buenas noches. ¿Qué están festejando?

SONIA

Al principio nos agarró de sorpresa, pero bueno... ¡a brindar! Ah... ¡Esperen! ¿alguien puede sacar esa silla? Tengo la manía, me molestan las sillas vacías en la mesa.

ELINA

Sí claro, má. Ahora no vas a hacer fuerza.

Aparta la silla hacia un costado. Víctor, que estaba por sentarse, queda de pie. Todos conversan a un tiempo.

GERMAN

Sí, a esta altura... pero bueno, bien de bien.

SONIA

(Mostrando su mano izquierda y señalando a Germán)

¡Miren el anillo que me regaló! ¿No es divino?

GERMAN

(tomando la mano de Sonia)

Las manos más lindas que conozco.

VICTOR

No sé de qué están hablando pero los felicito. Ya que nadie me explica...

GERMAN

Unas manos únicas...

SONIA

¡Sos loco! Eli, ¿te animás a subir a ver si tu abuelo precisa algo? Dijo que capaz bajaba.

ELINA

Bisa.

MERCEDES

Qué raro que tengan bisabuelo. Yo no tengo ni abuelo.

VICTOR

¿Son imbéciles? Tráiganme la silla.

SARITA

Yo me acuerdo del día en que mamá me explicó cómo se hace para tener hijos. Me hice la asombrada. Ya lo sabía hacía siglos.

ANDRES

Vos sos muy avivada che.

SARITA

Si, más vale, no como Elina. Semejante boba. No parece mi hermana. Es tan naba... se pasa repitiendo lo que dice el bisa como si fuera cierto.

RAUL

Abuelo, vos podrías escribir una ficción con todo lo que cuenta el bisa.

MERCEDES

¿Usted escribe?

ANDRES

Bueno, sólo cuentos y una novela que publiqué recién...

VICTOR

Andrés: antes que me olvide... papá me pidió que te encargara...

RAUL

¿Por qué no escribís una novela sobre la historia de la familia? ¿Es cierto lo de los asesinatos?

MERCEDES

¡Guáu, asesinatos! ¿Qué asesinatos?

SARITA

(a Raúl)

¿Vos sos estúpido? ¿No sabés lo que dijo el siquiatra?

MERCEDES

¿Qué asesinatos?

RAUL

Nada. Hace tiempo que el bisa habla solo y dice cosas... ¿vos sabés algo, abuelo?

ANDRES

Cuando yo era chico la tía Olga hablaba de cosas que habían pasado en esta casa. Pero la tía Olga siempre fue muy rara. Me suena que le debe haber llenado la cabeza a papá con esas historias truculentas.

RAUL

¿Igual qué importa? Lo podés escribir lo mismo, cambiando los nombres por las dudas.

ANDRES

No estaría mal. Daría para tremendo argumento. Incluyendo lo del tesoro...

MERCEDES

¿Tesoro? ¡Yo me vengo a vivir acá...!

SARITA

¿Qué tesoro?

ANDRES

La tía Olga también decía que acá había un tesoro enterrado.

RAUL

Esa sí que estaba loca de las chapas ¿no? Me suena que es un mito.

NORA

Mi abuela Olga decía que habían matado a su prima Antonia en el piso de arriba. Que el marido la había cortado en pedazos y embalsamado y durante años le hizo creer a todos que estaba viva.

RAUL

¡Seguro! Escribíte algo, abuelo. Tenés para tres novelas.

ANDRES

Norita, no te ofendas, pero acordate que tu abuela no quedó muy bien después de lo de Nereida.

SARITA

¿Quién era Nereida? ¡Qué nombres ridículos les ponían!

ANDRÉS

Nereida, la hija de tía Olga. Tuvo un accidente y se ahogó en la fuente del fondo.

MERCEDES

¡Dios mío!

NORA (ensimismada)

No fue un accidente.

ANITA

Ay tá, tía. ¿Vos también?

VICTOR

Andrés... Andrés...

NEREIDA

No lo intentes más. Ya no te oyen.

VICTOR

(avanzando hacia ella)

No puedo creerlo. ¿Entonces ahora soy como vos?

NEREIDA

Ahora estamos en la misma orilla. ¿No te diste cuenta?

VICTOR

Tenías razón. Casi ni se nota el cambio. Me da un poco de tristeza.

NEREIDA

¿Por qué? Ya era tiempo.

VICTOR

Nunca logré hablar con ellos. Con mi hijo y mi nieto. Nunca pude decirles lo que hice, que fue mi culpa.

NEREIDA

Eras un niño. Y tu padre un loco. ¿Quién puede decir que tuvieron la culpa?

VICTOR

Ahora nunca van a saber la verdad, las historias de la familia...

NEREIDA

¿Cuál es la verdad? Cuando lleguen a ser como nosotros se darán cuenta que el tiempo presente es el más engañoso.

VICTOR

Yo recién esta noche terminé de darme cuenta de lo que hice. Mi última noche. No sé si me arrepiento. Es extraño... Y ahora no me escuchan.

NEREIDA

Ya te oirán. Por ahora están demasiado inmersos en la vida. Vení, vamos al jardín, está tan hermosa la luna, y la brisa tan suave... Siento el olor de las rosas. No hace frío.

Lo toma del brazo y ambos salen hacia el jardín, iluminados por una tenue luz. Suena el **piano**.

Apagón.

FIN

Mira: estoy aquí, bajo tu mesa, y estoy en la mesa del otro extremo, allá, haciéndote señas con la mano. El fantasma es lo que no descansa, lo que suplica y quema, lo que asedia desde adentro, el frío despertar, lo que se aproxima sin cesar y te traspasa, lo que la muerte no consume, lo que advierte, lo que intenta explicarse a través de nosotros, lo que vuelve para vengarse, lo que se queda yéndose, lo que se va quedándose, lo que no deja de volver, lo que escribe hasta desaparecer, lo que vela. Pero sobre todo, el fantasma es todo lo que va a bordo de nuestros barcos, las ingentes cantidades de mercancía que transportamos por el mundo. Y lo mejor es que el fantasma no existe.

Dúmar Aljure. Agentes secretos. 2008